

Harry®
Stier

La Saga de una nueva generación.

Harry Stier[®]
UNO:

El ataque del Robocorpio

Enrique Alejandro Toro Torres

Copyright © Enrique Alejandro Toro Torres, 2020.

El Copyright y la Marca Registrada del nombre y del personaje Harry Stier, de todos los demás nombres propios y personajes, así como de todos los símbolos, ilustraciones y elementos relacionados, son propiedad de Enrique Alejandro Toro Torres © 2020.

<https://www.harrystier.com>

Reservados todos los derechos.

Queda rigurosamente prohibida sin la autorización escrita del titular del “Copyright”, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.

Ilustraciones elaboradas por Manuel Acevedo Osorio.

Publicación independiente.

1a Edición, noviembre de 2020.

Corregida.

ISBN: 9798731303514

Para Perla por ser el amor de mi vida y mi apoyo constante.

Para Nina e Iker, por ser el motor que todo lo incentiva.

Para Mariana y Marilyn, que siempre están en mi corazón.

Para mis padres Enrique y Lilian, gracias a ellos todo ha sido posible.

La Mochila invisible

Harry Stier caminaba solo, avanzando rápidamente sobre la acera derecha de una calle vacía. Eran alrededor de las seis de la tarde y ya comenzaba a oscurecer.

Lo único que escuchaba al andar eran sus propias pisadas, el sonido amortiguado de sus tenis negros. Con cada paso que daba, sentía la brisa del viento frío sobre su cara y sus orejas, contrastando con el agitado aliento que como humo blanco salía de su boca. Era apenas el mes de mayo, pero extrañamente la temperatura de ese día era más baja de lo normal.

Stier apenas tenía siete años, y aunque todavía no lo sabía y ni siquiera se lo imaginaba, estaba destinado a cambiar el mundo.

Dándose prisa por llegar a su hogar, apretó el paso. Justo antes de doblar en la esquina donde se ubicaba su casa, se encontró tirada en el suelo una extraña mochila que lo hizo detenerse abruptamente. Era grande, rígida y de color negro con gris metálico y blanco; además, pudo ver que tenía varios huecos y compartimientos para ponerle o conectarle algunos objetos, o al menos eso fue lo que él creyó. Se percató también que en el centro de la mochila sobresalía una burbuja transparente; lo más curioso es que, por dentro, de alguna forma se encontraba suspendido el modelo a escala del cohete espacial más genial que había visto en toda su vida.

No sabía porqué, pero desde que recordaba, los cohetes siempre le habían llamado la atención, y más este que era tan bonito y espectacular.

Estando ahí de pie, giró hacia todos lados, pensando que el dueño podría estar por ahí y la hubiera olvidado, aunque se preguntaba: «¿Quién podría haber abandonado una mochila tan increíble?». También consideró que alguien quisiera jugarle algún tipo de broma, pero no vio a nadie. Entonces, algo en la mochila captó su atención, por lo que se agachó para observarla más de cerca. Al hacerlo se llevó una gran sorpresa que lo hizo retroceder un poco. Justo arriba de la burbuja y el cohete, con modernas letras de color azul brillante, tenía escrito su propio nombre: **«Harry Stier»**.

En ese momento, el pensamiento que había tenido se acentuó.

—Alguien me está haciendo algún tipo de broma —reafirmó en voz alta para sí mismo.

Por un instante, consideró dejar la mochila ahí tirada y seguir su camino; al fin que ya era tarde y con seguridad sus papás iban a regañarlo por haberse tardado un poco más en llegar a casa. Sin embargo, la curiosidad lo había atrapado. Era una mochila verdaderamente única y jamás había visto nada parecido.

«La levantaré y veré de que se trata todo esto de una vez por todas», se dijo a sí mismo con la determinación que lo caracterizaba.

Todavía con la vista por encima de sus hombros, preparado por si alguien quisiera sorprenderlo, apareciendo de algún lado con un brinco, la levantó frente a su pecho. Y en ese momento, con solo haberla tocado, de alguna forma extraordinaria, la mochila se encendió haciendo un ligero sonido como de rayo láser: *Fiiiuuummm*. Una luz azul la recorrió haciéndola brillar, y a los propulsores del pequeño cohete le empezaron a salir unas brillantes llamas de fuego.

Enseguida se escuchó una voz gruesa de hombre adulto, amigable pero un poco electrónica, como si una sofisticada computadora fuera la que hablara.

—Identidad confirmada... ¡Hola Stier!

Del susto, instintivamente abrió ambas manos mientras daba un paso hacia atrás, soltando la mochila que cayó al suelo delante de él. Pero no pasó nada más: nadie salió de ningún lado ni se acercó a donde él estaba. Y la mochila tampoco dijo ninguna otra palabra, solo seguía encendida con esa luz de color azul brillante que había adquirido al tocarla.

—¿Quién está ahí? —preguntó Stier sin saber qué sucedía.

—Me llamo Kimble —respondió la moderna y extraña mochila—. Soy tu asistente personal, solo que no me conoces todavía. Me activaste al tocarme. Es un placer conocerte al fin.

—¿Mi asistente? —preguntó totalmente sorprendido.

—Así es, estoy aquí para ayudarte en lo que necesites.

Stier estaba sorprendido y desconcertado. En este punto, era obvio que no se trataba de una broma, puesto que nadie había

saltado de atrás de algún árbol o salido de algún escondite para sorprenderlo. La calle seguía completamente desierta.

A Harry siempre le había fascinado la tecnología y por eso conocía muy bien los últimos gadgets y dispositivos que estaban a la venta, pero que una mochila pudiera hablar le resultaba de lo más extraño. Si bien los asistentes virtuales eran algo común en el año 2025, jamás había oído o visto uno que estuviera dentro de una mochila, mucho menos que supiera su nombre y lo hubiera identificado con solo haberla tocado.

Stier se acercó nuevamente, y con precaución, la levantó muy despacio porque seguía asombrado con ella.

«¿Qué debo hacer?». Pensó dubitativo, mientras la sostenía entre sus manos a la altura de su rostro, observándola con detenimiento pero sin decir una sola palabra.

—Lo que debes hacer es llevarme contigo —respondió Kimble con su voz electrónica.

—¿Qué? Pero... ¿cómo puedes saber lo que estoy pensando? —preguntó sin creer que pudiera hacer algo así.

—Lo sé porque tu cerebro emite impulsos eléctricos que viajan a través de todo tu cuerpo. Tus pensamientos son simplemente cargas eléctricas que puedo interpretar cuando estamos cerca; esto, por supuesto, es gracias a la tecnología más avanzada que existe en mi interior. Estoy aquí para ayudarte y tenemos muchas cosas que hacer, pero te lo explicaré todo después; por ahora debemos irnos, ya que tu familia te está esperando y no deseo que tengas problemas.

Stier se encontraba todavía un poco renuente de llevarse la mochila a casa. Persistía aún en su mente la idea de que se tratara de alguna broma o que al llevársela pudiera tener algún problema si esta perteneciera a alguien más. Él nunca tomaba las cosas que no eran suyas, como su mamá bien se lo había enseñado desde que era pequeño.

—Sé lo que estás pensando Stier —dijo Kimble—, y puedo asegurarte que no tienes nada de que preocuparte. Puedes llevarme contigo porque no pertenezco a nadie más que a ti; tú eres mi único dueño. Sé que ahora todo parece muy extraño, pero te lo explicaré con detalle más tarde, por favor confía en mí.

Stier decidió confiar en Kimble y llevarlo consigo. Sentía mucha curiosidad por saber más de un artilugio tan bonito y avanzado tecnológicamente; pero sobre todo, en ese momento debía apresurarse para llegar a su casa y que sus papás no lo regañaran.

—Colócame en tu espalda, como una mochila normal —le indicó.

Él accedió a ponérsela e inmediatamente después de acomodar los tirantes sobre sus hombros, mediante algún tipo de mecanismo electrónico, las correas de la mochila se ajustaron de forma automática al tamaño exacto de su espalda, haciéndola cómoda y muy ergonómica. Pero eso no fue todo: justo a los tres segundos, la mochila poco a poco empezó a desaparecer y, en un instante, ya no se podía ver ninguna luz ni nada más; se había vuelto completamente invisible. Lo más curioso es que seguía sintiendo el peso de Kimble sobre él.

—¿Qué ha sucedido? —preguntó intrigado, sopesando la mochila en sus hombros para asegurarse de que todavía estuviera ahí.

—No te preocupes, solo se activó mi función automática de invisibilidad. Es un mecanismo de protección que en este caso nos servirá para que nadie en tu casa me vea y te pregunte por mí. Sería algo complicado tratar de explicarles de dónde vengo y, antes que nada, tú y yo debemos conversar cosas muy importantes.

Stier estaba bastante familiarizado con la tecnología y los artefactos electrónicos; bien sabía que había muchos inventos y aparatos muy avanzados. Pero de cualquier manera, le pareció extraordinario que una mochila pudiera desaparecer y, si bien por ahora no entendía cómo podía hacerlo, a final de cuentas tampoco le dio ya mucha importancia. Él era un chico con una gran imaginación, siempre creía que cosas imposibles podrían suceder y estaba seguro que esta era una de ellas. Así que, ya con la mochila invisible sobre su espalda, emprendió nuevamente la marcha hacia su casa. Estaba muy cerca de llegar: tan solo a unos cuantos pasos.

Willows 206

Stier vivía en la ciudad de Victoria, en Columbia Británica, Canadá.

Era una hermosa ciudad con una gran cantidad de árboles de muchas variedades y montones de arbustos con flores de todos los colores. Un lugar extremadamente pintoresco y seguro, en donde sus habitantes eran personas muy educadas y felices; ello se debía en parte a que el aire que ahí se respiraba era puro y fresco.

Con parques y jardines a cada tanto, siempre se podían ver personas realizando actividades al aire libre, ya fuera paseando a sus mascotas, realizando deportes con sus amigos, o recostados, descansando en el espeso pasto de color verde. A primera vista, daba la impresión de que la ciudad estuviera erigida justo en medio de un enorme bosque.

Las casas y edificios ahí construidos tenían un estilo arquitectónico victoriano muy bonito y particular; parecían salidos de una película antigua, pero sin duda elegante. También sus calles y banquetas eran de gran tamaño y siempre estaban impecables.

Todo ello contrastaba peculiarmente con la gran tecnología que había en ese lugar, ya que Victoria era la ciudad más moderna del mundo, algo de lo que muchas personas no estaban enteradas todavía. Gracias a su alta calidad de vida y a los avances de la época, todos los niños crecían y se desarrollaban de forma estupenda. A pesar de su corta edad, eran muy maduros e inteligentes, lo que sin duda sorprendía a más de uno, pues aparentaban tener diez años más de los que en realidad tenían.

La casa de Harry se encontraba en el número 206 de la calle Willows, en Fairfield, en la zona de los suburbios. Y como en la mayoría de ellos, casi todas las casas eran iguales entre sí, pero la de él se diferenciaba de las demás porque justo afuera, en la esquina, estaba el árbol más grande y frondoso de toda la ciudad. Era de la especie *Enterolobium cyclocarpum* mejor conocido como «oreja de elefante», y tan gigantesco que, en comparación, todos los demás árboles parecían pequeños.

A Stier siempre le había gustado ese árbol porque, además de que casi siempre estaba verde y daba mucha sombra, habitaba en él una pequeña ardilla de color negro que era su amiga. La había nombrado Tony y siempre le daba de comer cacahuates o nueces. Si Tony no estaba en la ventana de su habitación, bastaba con que Stier diera un silbido y, unos segundos después, la pequeña ardilla bajaba por la rama más cercana a su ventana y entraba nerviosa a su habitación para comer directamente de su mano, mientras él con un dedo le acariciaba con delicadeza su peluda cabeza.

Stier llegó casi corriendo a casa, inmediatamente tocó el timbre y al instante se iluminó el porche. Rose, quien ya lo estaba esperando, le abrió la puerta. Apenas entró, se dio cuenta que no era tan tarde como él pensaba, no porque hubiera visto su reloj, sino porque su mamá lo había recibido con mucha alegría y sin un ápice de enojo. Parecía que ni ella ni su papá tenían intención de regañarlo esta vez, como ya había sucedido en otras ocasiones que se había tardado de más, llegando incluso a esperarlo de pie afuera de su casa, preocupados por él.

Su madre casi siempre era indulgente, lo amaba de verdad y siempre lo miraba de forma muy especial, como solo las mamás saben ver a sus hijos. Pero ello no era obstáculo para que lo regañara cuando se portaba mal, cuando desobedecía o cuando llegaba tarde a su casa.

—Hola Harry, ¡qué bueno que llegaste! —lo saludó su mamá; recibiéndolo con la misma emoción que siempre sentía por ver a su hijo.

—¡Hola mamá! —dijo avanzando a toda velocidad, sin darle oportunidad para decir ninguna otra palabra pues, ni bien acababa de responder el saludo, ya iba corriendo directo hacia las escaleras.

Con mucha prisa, atravesó el estrecho corredor y subió los quince escalones alfombrados que separaban la planta baja del segundo piso. Su urgencia para resguardarse en la privacidad de su habitación, se debía a que no quería que nadie supiera de la mochila en su espalda. Si alguien le hubiera preguntado por ella, no sabría como explicarlo. De hecho, ni él mismo entendía bien

que estaba sucediendo; todavía no podía comprender como una mochila tirada en la calle podía tener su nombre escrito en ella, conocerlo y, sobre todo, hacer esas cosas que aún ahora le seguían pareciendo increíbles.

Atravesó rápidamente el pasillo del piso superior y llegó hasta la puerta de su recámara, la cual tenía pegada un gran letrero hexagonal en color rojo con marco blanco. Algo muy parecido a una señal de tráfico, de esas que hay en las esquinas de las calles y que sirven para detener el tránsito vehicular, solo que en vez de decir «ALTO», las grandes letras blancas decían «PROHIBIDO ENTRAR». A Harry le gustaba su privacidad, con siete años pensaba que ya era lo suficientemente grande para exigirla. No quería que nadie estuviera entrando a fisgonear a su dormitorio sin su permiso.

Stier giró la perilla de la puerta, y una vez que entró la cerró enseguida tras de sí, asegurándola con el cerrojo color plateado para que nadie lo sorprendiera.

Dando un respiro por la agitación provocada por haber subido tan de prisa, encendió la luz y fue a verse en el espejo vertical de forma rectangular que estaba colgado en una de las paredes al lado de su cama. Era increíble, pero en verdad que no se veía la mochila en su espalda; su mecanismo de invisibilidad sí que funcionaba a la perfección. Todavía asombrado y sin quitar la vista de sí mismo, la tomó de las cintas para quitársela. En un instante sintió que estas se aflojaron de forma automática y eso hizo que se la pudiera retirar muy fácilmente, para luego ponerla a ciegas sobre su cama.

—Te voy a dejar aquí un momento porque tengo que bajar a cenar —le dijo a Kimble en voz baja—, no quiero que sospechen nada. Por favor quédate así y no hagas ruido.

—No te preocupes —le respondió, con un volumen de voz tan bajo que apenas y pudo escuchar—, platicaremos más tarde.

Con un poco más de calma, bajó de regreso las escaleras y atravesó la estancia para llegar al comedor, en donde ya lo esperaba toda su familia sentada alrededor de una mesa circular hecha de madera. Su familia estaba compuesta por cuatro miembros, incluyéndolo a él. Su papá, Gerard Stier, era un

abogado bigotón que siempre vestía de traje. Un verdadero amante de las leyes, el orden y la equidad que casi nunca perdía un caso. Tenía cuarenta y dos años de edad y normalmente siempre estaba muy ocupado resolviendo algún asunto legal en los Tribunales de Justicia de la Nación. Rose Stier, su mamá, era una ama de casa un par de años más joven que Gerard. Una mujer fantástica, muy cariñosa e inteligente, que siempre estaba al pendiente de su familia con una gran sonrisa en el rostro. Y finalmente, su hermana, Mary Anne Stier. Ella era mayor que él, pues tenía doce años de edad y, le gustaba mucho vestir overoles con estampados de cuadros. Era una chica muy noble y simpática con muchos amigos, siempre se preocupaba por todos los demás y por eso era alguien en quien sin duda se podía confiar. Lo más curioso, es que tenía una rara habilidad para percibir el alma de las personas: casi siempre sabía con certeza si eran buenas o no.

—Hola, Harry —dijo su papá en cuanto entró a la cocina—, ¿en dónde estabas?

—¡Hola, papá! Estaba en la biblioteca investigando un nuevo lenguaje de programación que acaban de liberar.

—Oh... eso suena interesante.

—Sí, sé que será el nuevo estándar de codificación y por eso se usará mucho cuando alguien quiera crear un videojuego, una *app* o cualquier cosa en la computadora.

A Gerard no le sorprendió para nada su respuesta, pues sabía que su pequeño hijo siempre deseaba aprender todo lo que pudiera sobre computadoras, *apps* o tecnología, y no perdía ninguna oportunidad para ello. Ya desde hacía mucho tiempo sabía que él era un niño genio, como cuando a los cuatro años, le prestó su computadora vieja de la oficina y desarrolló su primer algoritmo, haciendo que la máquina funcionara tres veces más rápido de lo normal y, lo había logrado después de tan solo unos minutos trabajando en ella. Gerard pensaba que era cómo si su hijo supiera el lenguaje de las máquinas y de alguna forma pudiera hablar con ellas, aunque se repetía a sí mismo que eso era absurdo.

—Mañana te entregan los resultados de tu examen de admisión, ¿no es cierto?

—Sí, mañana temprano tengo que ir a que me los entreguen. Espero que me hayan aceptado... Rosemary-Robotics es una escuela muy difícil.

—Por supuesto que sí, eres muy inteligente y no tendrás ningún problema.

—Gracias. En caso de que me acepten y consiga la beca, mis clases iniciarán en tan sólo algunos días más.

—Ya están listas tus albóndigas con arroz —interrumpió su mamá, colocando la comida sobre la mesa—. Lávate las manos y siéntate a cenar.

Stier se acomodó en su lugar y comió a toda velocidad uno de sus platillos preferidos. Aunque casi ni lo disfrutó porque necesitaba regresar inmediatamente a su habitación para platicar con Kimble. Le urgía saber cómo y porqué sabía su nombre, cómo funcionaba su tecnología y, además, estaba muy intrigado por lo que le había dicho que necesitaban charlar.

—Estás muy raro el día de hoy Harry —le dijo su hermana Mary Anne un tanto preocupada por verlo tan distraído—. ¿Te ha sucedido algo?

—¿Eh? No, nada, todo está bien —respondió con nerviosismo, disimulando lo más que pudo.

Seis minutos después, ya había terminado de cenar, llevado sus platos al fregadero y dado las gracias por la comida, para poder ir a arriba a ver a Kimble.

—Tengo que seguir estudiando —dijo como excusa a sus padres y subió a toda velocidad mientras los demás permanecían en sus lugares, puesto que aún no habían terminado sus alimentos.

Stier entró sigilosamente en su recámara y volvió a cerrar la puerta con llave.

La Misión

—Hola, Stier —dijo Kimble en voz baja, todavía invisible.

—Tengo muchas preguntas que hacerte —soltó con premura.

—Lo sé, te diré todo lo que pueda —respondió la mochila, desactivando su mecanismo de protección y apareciendo al instante sobre la cama de su habitación.

Ahora que Stier podía observar la mochila con detenimiento, sin pensar que alguien quisiera sorprenderlo como había ocurrido en la calle, estaba asombrado. Se trataba de un artefacto de una belleza y calidad extraordinarias, y ya ni hablar de su avanzada tecnología: sí que era algo único que no se comparaba con nada que él hubiera visto jamás. En ese momento, además, pudo apreciar con toda calma que al cohete iluminado dentro de la burbuja, se le movían ligeramente las llamas rojas con amarillo que salían de sus propulsores, como si fuera alguna extraña proyección o animación de efectos especiales. Era algo muy espectacular.

—Como sabes, mi nombre es Kimble. Soy un artefacto altamente avanzado de Inteligencia Artificial. Gracias a varios dispositivos y sistemas integrados que tengo, puedo oír, hablar y ver perfectamente. Fui enviado como tu asistente para ayudarte a realizar la misión que se te encomendó. Solo tú puedes activarme y darme órdenes, y yo haré todo lo que me pidas. También ya sabes que cuando me tocas o cuando estoy cerca de ti, tengo la capacidad de leer tus pensamientos. Además, poseo varios mecanismos de defensa, como el de invisibilidad que ya conoces.

—¿Quién te envió? ¿De dónde vienes? ¿Cuál es la tarea que se me ha encomendado? Y ¿porqué me la asignaron a mí?

Todas estas preguntas se agolparon en su boca, mientras otras más se acumulaban en su mente. Había tanto que no entendía y que con urgencia necesitaba saber.

Aún hablando bajo para no ser descubierto, Kimble empezó a explicarle que lo había enviado un hombre llamado Alext.

—Alext es un especialista informático del futuro, experto en tecnología y en sistemas de Inteligencia Artificial. Él fue quien me creó a mí —dijo Kimble—. En nuestro futuro, la humanidad fue

dominada por un tirano que se hacía llamar Dahn, quien gracias al poder de la tecnología, el Internet, el dinero y un ejército de seguidores informáticos extremadamente crueles y capaces, llamados «Kentauros», controló todo el planeta. Lo más triste fue que muchísimas personas sufrieron por eso.

Le explicó que Alext fue el líder de un grupo de insurgentes rebeldes conocidos como «La Legión», quienes se levantaron y lucharon con ferocidad en contra de Dahn y los Kentauros. Sin embargo no pudieron detenerlos: en el futuro Dahn logró su objetivo, la Legión fue destruida y Alext fue exiliado, condenado al olvido. La única alternativa que tuvo en un momento de desesperación, fue enviar a Kimble al pasado, para tratar de detener a Dahn antes de que apareciera en este tiempo.

—¿Vienes del futuro? —preguntó Harry sorprendido, aunque eso explicaba perfectamente por qué su tecnología era tan avanzada y asombrosa.

—Así es, de dieciocho años adelante, vengo del año 2043.

Kimble añadió que, por venir del futuro, aquí no había nada como él todavía, y que la tarea que se le había encomendado a Stier era, ni más ni menos, encontrar y detener a Dahn para evitar que controlara el mundo y sometiera a la humanidad. Debía salvarlos a todos porque, de no hacerlo, las personas sufrirían terriblemente.

—Lo siento —dijo Kimble con un dejo de nostalgia y tristeza en su voz,— sé que es mucha información para procesar. Lamento también que esta tarea tan difícil se te haya encomendado a ti.

—Y ¿porqué soy yo quién tiene que detenerlo? —preguntó Stier sin entender.

—Porque tú eres especial —respondió con emoción—. Fuiste dotado con una gran inteligencia y tienes una inmensa habilidad con la tecnología, las máquinas y el internet, lo que será el factor clave de la lucha en el futuro, en donde la información será poder y dinero. Pero con todo ello, lo verdaderamente importante que tú posees y que te distingue del resto, es tu sentido de justicia, tu bondad, tu imaginación y tu tenacidad... y será precisamente por

esas cualidades que podrás derrotar a Dahn y salvar a las personas del terrible destino que les espera.

Stier no se sentía especial en absoluto. Se le facilitaban algunas cosas como la tecnología, pero eso era todo, y él creía que eso era solamente porque le gustaba. No se sentía preparado para la enorme y peligrosa tarea que Kimble le había dicho que tendría que hacer. Y respecto de sus otras cualidades, él las consideraba comunes en las demás personas, así que no entendía por qué debía ser él quien enfrentara a Dahn.

—Y ¿si no quiero hacerlo? —exclamó Stier con desesperación, temiendo que tal vez había sido un error recoger esa extraña mochila en la calle—. Soy solo un niño, es demasiado para mí. No quiero esa responsabilidad, no estoy preparado. Alguien más debe hacerlo.

—Me enviaron dieciocho años hacia atrás precisamente para prepararte —respondió Kimble con voz pausada para tratar de calmarlo—. Si te empeñas y trabajas duro, el conocimiento y la habilidad que tienes ahora con la tecnología se incrementará de forma exponencial, y serán las herramientas que te permitirán cumplir con tu misión. No será fácil, pero lo puedes lograr. Dahn todavía no existe, pero debemos empezar a prepararnos y trabajar duro para estar listos cuando llegue el momento de luchar contra él.

—No sé si el tiempo alcance para prepararme para algo así —dijo consternado porque intuía que, a pesar de que tuviera el conocimiento y la habilidad, con seguridad tendría que enfrentar obstáculos gigantescos.

—Por supuesto que sí, tenemos tiempo y todo saldrá bien —afirmó Kimble con plena confianza—. Pero una cosa más... Es absolutamente esencial que tu familia no sepa nada de esto. Debes mantenerlo en secreto para que ellos no sepan nada de mí ni de tu misión, de lo contrario estarás poniéndolos en un grave riesgo. Por eso debes actuar normalmente y seguir con tus deberes y tareas cotidianas, hasta que llegue el tiempo en que todo se descubra.

A continuación, se escuchó que tocaron la puerta de su habitación.

—¿Con quién hablas? —murmuró Mary Anne desde el otro lado de la puerta—. ¿Puedo entrar?

Al instante Kimble guardó silencio y otra vez se volvió invisible. Entonces, Stier quitó el seguro y le permitió entrar.

—Hola, solo pensaba en voz alta —respondió fingiendo nuevamente un tono despreocupado.

—¿Estás bien? Pareces consternado.

—Sí, gracias, no pasa nada, estoy pensando en... el examen de admisión. Espero que me haya ido bien y logre entrar a Rosemary-Robotics.

—Harry, un examen no es algo que deba preocuparte —le dijo su hermana con una cálida sonrisa mientras le hacía un cariño en el cabello, como si supiera que lo aquejara alguna otra cosa más y un poco de consuelo lo haría sentir mejor—. Sin duda te irá muy bien, al fin que tú eres muy capaz.

—Gracias —respondió con una mirada de amor y ternura hacia su hermana, quien siempre lo apoyaba en todo.

Después de eso, Mary Anne salió y se fue a dormir a su propia recámara. A pesar de la preocupación por la misión asignada, lo que más empezó a sentir Harry fue emoción y alegría por tener a Kimble. Quería seguir platicando con él, hacerle preguntas sobre tecnología, el futuro y, aprender cuánto pudiera. Pero, como ya era muy tarde y debía levantarse temprano para ir a la escuela por sus resultados, decidió que lo mejor era prepararse para dormir y continuar con la plática al día siguiente, cuando nadie los escuchara.

—Es tarde, Kimble, y tengo muchas cosas en que pensar —le dijo con un bostezo, colocándolo en la repisa de su closet—. Será mejor que sigamos hablando mañana, cuando estemos solos.

—Seguro, continuaremos mañana.

Stier se puso una suave pijama de algodón, de un brinco se subió a su cama, se cubrió con las esponjosas cobijas de peluche y apagó la luz para dormir.

—Hasta mañana Kimble, que descanses —le deseo en voz baja e inmediatamente se durmió.

—Hasta mañana —respondió Kimble, ya sin que Stier lo escuchara—. Descansa porque grandes aventuras nos esperan.

El Agujero de Gusano

A las seis de la mañana en punto sonó el despertador con el mismo *bip bip bip* de siempre. Stier despertó al instante. Nunca le había sido difícil levantarse temprano, aún cuando no tenía clases, y ese día mucho menos, tanto por ver a Kimble otra vez, como por la emoción de saber el resultado de su examen.

Comenzó a vestirse y rápidamente se peinó su corto cabello de color negro. En caso de que lo aceptaran en Rosemary-Robotics, iniciaría en el primer año y, para su buena fortuna, ahí no se exigía uniforme a los alumnos: cada quién podía ir vestido como lo deseara. No obstante, a él le gustaba vestir casi siempre igual: playera negra tipo polo, jeans azules y tenis negros con suelas blancas. En ocasiones, cuando hacía un poco de frío, se ponía una sudadera de color gris oscuro con capucha. A veces notaba que las personas lo veían raro por usar la misma ropa, pero a él no le importaba; le gustaba tener muchas playeras iguales y simplificaba mucho su rutina por las mañanas.

Sin embargo, lo que más llamaba la atención de las personas era que Stier tenía el ojo izquierdo de color café y el derecho de color azul: padecía de heterocromía congénita; por eso, cuando era más pequeño, casi no le gustaba mirarse en el espejo. Su mamá siempre le había dicho que eso lo hacía único. Y a estas alturas, él ya se había aceptado tal como era y trataba de no darle mayor importancia.

Para ir ese día a la escuela, había considerado llevarse únicamente una vieja tableta, una libreta y una pluma, solo por si acaso. Pero como Kimble había aparecido un día antes, decidió de último momento llevarlo también; así podría platicar con él en el camino de ida y vuelta. Por supuesto que, lo llevaría con su mecanismo de invisibilidad activado: no quería que nadie lo viera ni supiera de su existencia.

Rosemary-Robotics colindaba con el puerto, en la zona de James Bay, una de las circunscripciones más bonitas, clásicas y exclusivas de la ciudad, muy próximo a donde se encontraba el ferry. Stier ya había ido en varias ocasiones con motivo de su proceso de admisión, incluyendo la presentación de su examen; y

se había percatado que recorrer a pie el camino a su escuela desde su casa, le tomaba alrededor de veinticinco minutos. Aunque sus papás le habían dicho que usara el moderno y autónomo transporte público, a él le gustaba más caminar porque podía ocupar el tiempo para ordenar sus pensamientos, generar nuevas ideas o simplemente admirar los bonitos paisajes de la ciudad.

Ya vestido, bajó al comedor, desayunó un humeante omelette de jamón con queso derretido acompañado de un pan tostado extra-crujiente y un vaso de leche fría. Cuando terminó de comer, le dio las gracias a su mamá y subió a lavarse los dientes para irse a la escuela.

Cómo era temprano y había pocos transeúntes en la calle, Stier podría platicar con Kimble sin despertar ninguna sospecha. Aún así, decidió que, por precaución, era mejor colocarse en los oídos sus audífonos inalámbricos para que, si alguna persona lo veía hablando solo, pensara simplemente que estaba hablando por teléfono celular a través de su «manos libres».

—¿Cómo te encuentras hoy? —preguntó Kimble.

—Estoy bien, gracias —respondió mientras caminaba bajo la sombra de los árboles, en una amplia acera que conducía a Rosemary-Robotics—. Aunque todavía tratando de comprender lo que sucedió el día de ayer.

—No te preocupes, con un poco de tiempo las cosas se volverán más claras. Ya verás que Alext tuvo razón al haberte escogido para esta tarea. Por mi parte, yo te aseguro que te ayudaré en todo lo que pueda.

—Gracias... ¿Cómo fue que te envió Alext del futuro?

—Verás, en el año 2043, con el avance de la tecnología y con su gran inteligencia, Alext pudo crear una máquina del tiempo, un dispositivo único altamente complejo que, mediante el uso de sofisticados sistemas de Inteligencia Artificial, fue potenciado con partículas de energía atómica recién descubiertas. Esto permitió doblar el espacio-tiempo, creando un puente de «Einstein-Rosen», del futuro hacia el pasado.

—¡Ah! ¿Cómo un agujero de gusano?

—¡Exacto! Sin embargo, Alext solo pudo usar la máquina del tiempo una sola vez porque, al enviarme hacia acá, la energía generó un gran campo electromagnético seguido de una explosión que la destruyó, lo que probablemente le ocasionó algunas heridas.

—Pero ¿Alext está bien? —preguntó Stier preocupado.

—Lo más seguro es que sí... Creo que sus heridas no fueron graves, aunque no tengo la plena certeza porque, justo en ese momento, perdí contacto con él y con esa realidad, y llegué aquí al año 2025, justo cuando me encontraste en la banqueta. Alext sabía del gran riesgo que corría al mandarme contigo y aún así decidió hacerlo porque tú eres la mejor oportunidad que tenemos para detener a Dahn, y yo soy la herramienta más adecuada para ayudarte a tener éxito.

—Vaya, ojalá que no le haya pasado nada... Pero ¿porqué no viajó Alext en el tiempo para venir él aquí, en vez de enviarte a ti?

—Porque la máquina del tiempo no funciona para enviar organismos vivos: las células no resisten un viaje temporal y sufren grandes daños que las degradan, culminando en una inminente desintegración. Pero como yo soy una máquina, pude hacerlo sin sufrir ninguna avería o desperfecto.

Stier suspiró mientras repasaba por unos instantes todo lo que Kimble acababa de decirle y recordaba además lo que le había dicho el día anterior, en especial el inmenso peligro en el que se encontraban las personas. Pensó inmediatamente en su familia y en que seguramente ellos también estarían en riesgo de sufrir por culpa de Dahn; eso era lo que más le preocupaba. Al cabo de un par de minutos de silencio, exclamó:

—Muy bien, Kimble, como no quiero que la gente y mucho menos mi familia, quienes son lo que más amo en este mundo, sufran de ninguna manera, haré todo lo que me has pedido. Te prometo hacer lo que pueda y que esté en mis manos para detener a Dahn y a los Kentauros —agregó con total solemnidad y compromiso—. Así que dime: ¿Qué hacemos ahora?

—Ahora, lo primero que debemos hacer es contactar a Alext.

—¿Contactar a Alext? —preguntó sin entender—. Yo pensé que tú guiarías la misión para detener a Dahn. ¿Cómo vamos a hablar con él si está en el futuro?

—Bueno, yo tengo algunas respuestas, pero el plan y la estrategia para realizarlo dependen de Alext, por eso necesitamos hablar con él. Además, quiero asegurarme que no le haya pasado nada con la explosión... Por suerte, es más sencillo hablar con alguien del futuro que enviarlo materialmente de una dimensión temporal a otra. La forma de hacerlo será mediante el uso de unos lentes especiales que son muy parecidos a los lentes de realidad virtual y, nos permitirán hablar con él aún cuando estemos a dieciocho años de distancia. El problema es que dichos lentes venían conectados a mí, pero durante el viaje en el agujero de gusano, se desprendieron y cayeron en un tiempo y lugar diferente al que estaban destinados; por eso debemos recuperarlos. Según mis cálculos, los lentes llegarán al Panal aproximadamente en diez días a partir de hoy.

—¿El Panal? ¿Qué es eso? —preguntó Stier. No había escuchado nunca sobre ese lugar.

—El Panal es una zona industrial y tecnológica que fue abandonada alrededor del año 2000. Está en las afueras, al norte de la ciudad, por la zona de Sidney. Se le conoce como el Panal porque fue construida en forma de hexágonos. Fue un lugar de grandes inventos y avances tecnológicos para su época y justo ahí encontraremos los lentes que necesitamos.

En el camino, Stier no había visto su reloj y tampoco prestaba mucha atención a su entorno, iba muy concentrado en su plática con Kimble, escuchando con interés cada palabra que le decía. Por eso, se sorprendió mucho al ver en ese momento los grandes jardines de su escuela y las relucientes y brillantes letras doradas, colocadas sobre el pasto exterior, que decían: «Rosemary-Robotics». El trayecto había terminado.

Rosemary-Robotics

Rosemary-Robotics era la mejor escuela de tecnología de todo el mundo. Ofrecía clases de primaria en adelante y su nombre estaba inspirado en una de las mujeres más prominentes en ciencia y tecnología, la doctora Joan Katherine Rosemary, quien había sido una de las mujeres pioneras en el campo de la robótica.

Al igual que las demás edificaciones circundantes, la escuela tenía el mismo estilo clásico Victoriano, pero era mucho más grande e imponente que cualquier otra construcción. Desde que la vio por primera vez, Stier pensó que parecía un majestuoso y elegante castillo surgido de un cuento fantástico. Lo más curioso era que por dentro había todo tipo de artefactos tecnológicos ultra modernos y sorprendentes.

En los pasillos y por cada una de las zonas de la escuela, se podían ver sofisticadas máquinas de muchas formas y tamaños, tales como insectos robóticos, cuadricópteros, androides, dinosaurios mecatrónicos, vehículos autónomos, mascotas con Inteligencia Artificial y cualquier otra cosa que se les ocurriera crear a los alumnos con apoyo de sus profesores.

Además, también estaban los robots que trabajaban en la propia escuela, como los «Moppers», que se encargaban de la limpieza de los salones y de los corredores; los «Veggiebots», que sembraban y cosechaban los huertos de verduras y demás insumos para surtir la cafetería; los «Soilbots», que regaban la tierra y podaban los jardines para que siempre estuvieran en perfectas condiciones, y muchos otros más.

En Rosemary-Robotics la tecnología llegaba hasta los últimos rincones y por supuesto que la decoración no era la excepción. Así que, en las paredes y en los patios, se hacían video-proyecciones holográficas en tercera dimensión relativas a personajes destacados del mundo de la informática y la ciencia, ya fuera de sus novedosos descubrimientos o de sus frases célebres.

En conjunto, era un contraste muy particular entre lo clásico-antiguo y lo moderno que a Stier le fascinó desde que supo de su

existencia. A partir de aquél momento decidió que quería estudiar ahí, puesto que estaba convencido que no habría un lugar mejor para aprender sobre lo que tanto le gustaba. Se sentía la persona más afortunada de todas por vivir en la misma ciudad en la que estaba dicha institución.

Como era lógico, Rosemary-Robotics tenía un muy alto nivel de exigencia académica; era una escuela muy difícil y los exámenes para ingresar eran desafiantes.

El director general era el doctor en Robótica Aplicada Morgan Frall, una de las personas que más conocía sobre robots e Inteligencia Artificial. El doctor Morgan como todos lo llamaban, era un ingeniero afroamericano alto y espigado que siempre vestía elegantes gabardinas; tenía el cabello corto, rizado y completamente blanco por su avanzada edad. Se caracterizaba por ser un hombre simpático y platicador que veía el potencial de las personas y, siempre buscaba la manera de motivarlas para que lo alcanzaran.

Stier lo había conocido unos días antes durante la entrevista que le realizó con motivo del proceso de ingreso a la institución y; lo que más captó su atención fue que tenía una voz fantástica, fuerte y clara, como de un locutor de radio.

Al llegar, Stier recorrió el camino adoquinado que dividía los amplios jardines exteriores, subió los escalones de piedra blanca de la gran entrada principal y se dirigió inmediatamente hacia el área de las oficinas del director, dado que sería él quien le diera sus resultados. Después de algunos minutos de espera, el doctor Morgan salió de su oficina y le pidió que entrara y tomara asiento.

—Hola, joven Stier, ¿cómo te encuentras el día de hoy?

—Muy bien, gracias.

—Excelente... En primer lugar, permíteme felicitarte porque has obtenido uno de los resultados más altos del examen, y la entrevista y el resto del proceso de admisión fueron superados con éxito. A partir de este momento ya eres considerado un alumno de nuestra prestigiosa Rosemary-Robotics. Recuerda que esta escuela es una de las mejores y por ello debes esforzarte mucho;

sin embargo, sé que serás un gran alumno. Te deseo la mejor de las suertes.

—¡Muchas gracias! —respondió Harry con una sonrisa de oreja a oreja, aunque su felicidad se interrumpió brevemente porque acababa de recordar un tema pendiente de suma importancia—. Doctor Morgan, disculpe... le quería preguntar por el tema de la beca, ¿pude obtenerla?

—Ah... Tienes razón, lo estaba olvidando... Sí, gracias a tu evaluación y antecedentes ya fue aprobada también. Sé que para ti y tu familia es muy importante conseguirla y para nosotros es imprescindible que tu puedas asistir aquí, así que eso no será una limitación. Nos dará mucho gusto verte en el inicio de clases la próxima semana.

Stier saltaba de alegría, primero por aprobar con éxito el proceso de admisión y segundo por haber obtenido la beca que necesitaba para minimizar el alto costo de las colegiaturas, ya que de lo contrario su familia no podría pagarlas. Ellos eran de clase media y vivían bien, pero sin grandes lujos, por lo que una escuela privada tan cara les habría resultado imposible de costear.

Después de las buenas noticias, salió de Rosemary-Robotics y con su teléfono celular se tomó una *selfie*, mostrando de fondo la escuela y sus jardines. Deseaba tener un recuerdo del grato momento para después compartirlo en sus redes sociales. Recorrió el mismo camino de regreso a casa, pero esta vez iba tan ensimismado en sus pensamientos que prácticamente no habló con Kimble. Pasados algunos minutos, ya había llegado.

—¿Qué pasó? ¿Cómo te fue Harry? —preguntó su mamá muy emocionada. Su padre estaba de pie atrás de ella, también deseoso de saber el resultado.

—¡Fantástico! —respondió con entusiasmo y una gran sonrisa—. Me aceptaron y he obtenido la beca, así que mi sueño de ir a Rosemary-Robotics se hará realidad.

Rose y Gerard lo abrazaron con fuerza. Estaban orgullosos y felices de ver que, aún a su corta edad, su hijo podía empezar a lograr sus objetivos. Siempre lo habían apoyado y sabían de su ferviente deseo por asistir a esa prestigiosa institución.

—Esto merece una celebración —decidió su papá—. ¿Qué te parece si vamos todos a comer unas pizzas al lugar que tanto te gusta?

—¡Fabuloso! —respondió Stier todavía más alegre, saboreando la deliciosa pizza de pepperoni que pensaba ordenar.

Hannah y Erin

Para Stier, que se moría de ganas de asistir a su nueva escuela, la semana siguiente transcurrió muy lentamente. Durante esos días se la pasó recostado sobre su cama, mecánicamente rebotando sobre la pared de su habitación una pequeña pelota de goma. Trataba de distraerse, esperando que el tiempo avanzara con mayor velocidad.

Sin embargo, durante ese tiempo también aprovechó para platicar mucho con Kimble, quien le explicó cómo era que funcionaba su tecnología y la forma en la que Alext lo había creado. Hablaron acerca del mundo futuro, de cómo Dahn en poco tiempo se había vuelto muy poderoso y cómo algunos miembros de la Legión lo habían enfrentado sin éxito.

—Stier, de acuerdo con mi programación, hay ciertas cosas que no puedo compartirte —dijo Kimble con tono apenado—. Es necesario que entiendas que es por tu propia seguridad y la de la misión. Al estar aquí, en este tiempo, estamos haciendo alteraciones muy importantes a tu realidad, y lo que menos queremos es que, en vez de hacer cambios para bien, hagamos lo contrario. Por eso precisamente estoy limitado y no puedo hablarte acerca de tu futuro personal: de hacerlo, pondríamos en riesgo el objetivo de detener a Dahn y salvar a la humanidad.

—Lo entiendo bien, Kimble. De cualquier manera, tampoco estoy muy seguro de querer saber cosas sobre mi futuro. Por eso no te he preguntado nada al respecto.

—Eso es muy sabio de tu parte —le reconoció, un tanto sorprendido—, en especial a tu corta edad... Con eso en mente, quiero decirte que hay dos chicas que en el futuro se volvieron miembros fundamentales de la Legión. Es imprescindible que las encuentres aquí y ahora porque te ayudarán a superar los obstáculos que se nos avecinan. Al igual que tú, ellas serán estudiantes en Rosemary-Robotics. Debes buscarlas desde el primer día de clases, contarles sobre mí y explicarles todo lo que ha ocurrido. Sus nombres son: Hannah Miller G. y Erin Bublely.

—Hannah Miller y Erin Bublely —se repitió en voz alta para no olvidarlo—. Muy bien... ¿Estás seguro que les debo contar todo?

—Sí, cien por ciento seguro.

—Está bien, Kimble, las encontraré tan pronto como pueda.

Transcurrieron un par de días más y llegó el ansiado lunes, era el primer día de clases. Stier salió temprano de su casa y se fue caminando con Kimble en su espalda. Unos minutos antes de las ocho de la mañana, ya habían llegado a Rosemary-Robotics. En esta ocasión, por ser el inicio de cursos, un tumulto de alumnos y profesores llegaba de todas partes. Ya no podían seguir platicando sin que los descubrieran, así que ambos guardaron silencio mientras Stier subía las escaleras de acceso.

Las clases eran muy variadas y se impartían según el grado que se cursara. Las que Stier tomaría eran: Fundamentos de Robótica, Principios de Inteligencia Artificial, Desarrollo de Apps, Lógica y Algoritmos, Lineamientos para Encriptación y Microcontroladores. Si bien eran materias bastante técnicas, la filosofía institucional de la escuela, promovida por el doctor Morgan y seguida al pie de la letra por todos los profesores, era que las clases deberían ser lo más prácticas posible. Por ende, había muchos talleres, laboratorios y espacios en donde los estudiantes podían aplicar sus conocimientos teóricos, así que siempre estaban desarrollando o fabricando artefactos y programándolos para usarlos o mejorarlos.

De hecho, cada año se realizaba uno de los eventos más esperados por la comunidad estudiantil: el Campeonato de Destrucción Mecatrónica. En él, algunos de los alumnos participaban para crear fantásticos robots de combate y en un evento eliminatorio peleaban tratando de destruir al rival. El equipo ganador obtenía un gran prestigio dentro y fuera de la institución, además de ganar puntos para mejorar sus notas escolares y otros premios asombrosos. Se trataba de un acontecimiento muy anhelado en el que, de una u otra forma, toda la escuela participaba.

Stier caminó apresuradamente por los corredores hacia la zona de los casilleros inteligentes. Una vez ahí, se paró frente al

suyo y el escáner de reconocimiento facial hizo su trabajo a la perfección: dando un pitido corto, la puerta automáticamente corrió el pestillo y se abrió. Poco a poco el barullo del corredor se fue apagando y, una vez que ya no había nadie cerca, se quitó a Kimble de la espalda, poniéndolo dentro de su casillero con su mecanismo de invisibilidad todavía activado. Vio en su horario de clases que ese día le tocaban las materias de Principios de Inteligencia Artificial y Fundamentos de Robótica, por lo que tomó los libros necesarios recién comprados.

—Necesito que te quedes aquí, Kimble —le dijo susurrando.

—Por supuesto, aquí estaré.

Stier cerró la puerta del casillero y se deslizó el cerrojo que la aseguraba. Dio media vuelta y corrió a la segunda planta para buscar su salón. Avanzó por el largo pasillo, esquivando un par de Moppers que casi lo derriban cuando intempestivamente salían de otros salones, haciéndolo trastabillar. Llegó hasta la puerta del aula 1F cuando todavía faltaban cinco minutos para que empezara la clase.

Apenas entró, Stier se dio cuenta que los salones también estaban llenos de dispositivos y tecnología de última generación. Lo primero que observó fueron los escritorios para los alumnos: se trataba de unas estructuras muy finas de aluminio y acero pulido que sostenían un elegante y delgado tablero de cristal color negro brillante que parecía hecho de obsidiana. Sin embargo, enseguida se dio cuenta que no eran escritorios de cristal comunes y corrientes, sino que en realidad se trataba de unas tabletas enormes que a los alumnos les resultaban muy útiles para ver la información de su clase y compartirla entre ellos o con sus profesores. Se percató también que en la parte de adelante tenían integradas impresoras en caso de que necesitaran la impresión física de algún documento. Además, en la parte del lado derecho tenían proyectores holográficos para que pudieran modelar sus diseños y creaciones en 3D a la vista de todos. Los escritorios de los catedráticos eran muy parecidos a los de los alumnos pero de mayor tamaño y con otros accesorios adicionales.

Stier también notó que las paredes tenían un recubrimiento especial en donde los profesores podían transmitir y proyectar

fotos, videos y todo aquello que quisieran enseñarles. Por supuesto que no faltaban impresoras 3D y muchos otros modernos dispositivos, además de contar con muchas aplicaciones que les servían para hacer sus tareas, colaboraciones o presentaciones y compartirlas entre los compañeros, la mayoría de las cuales sabía que habían sido diseñadas precisamente por los propios estudiantes.

Cuando Stier se acomodó en una silla en el fondo a la derecha, el salón se encontraba todavía un tanto vacío. En un momento más, llegó a sentarse a un lado suyo la chica más bonita que había visto jamás. Era rubia y pecosa, tenía la piel pálida y hermosa, y vestía una inusual combinación de pantalones deportivos rosas con franjas blancas y un suéter tejido de cuello de tortuga color beige.

—Hola, ¿cómo te llamas? —le preguntó la recién llegada mientras ajustaba el armazón negro de sus lentes redondos.

—Hola, me llamo Harry Stier —respondió perplejo durante un instante—, pero todos me dicen Stier. ¿Y tú?

—Mucho gusto, yo soy Erin Bublely —se presentó con una carismática sonrisa.

Stier recordó enseguida lo que Kimble le había dicho unos días antes, acerca de buscar a Hannah Miller y a Erin Bublely. Por lo que le pareció una coincidencia de lo más extraña que, justo en el primer día, uno de los futuros miembros de la Legión, se sentara a su lado.

Su sorpresa solo fue superada cuando otra chica de aparente ascendencia latina, con cabello castaño oscuro y con peinado de coleta, ponía su mochila en la silla enfrente de él para decirles:

—Hola, me llamo Hannah Miller. Y ustedes ¿cómo se llaman?

—Ho... Hola —tartamudeó Stier, atónito. Sabía que a ellas dos las iba a encontrar en Rosemary-Robotics, pero era de lo más extraño que fueran las primeras dos amigas que conociera en toda la escuela, que ambas fueran a su mismo salón de clases y que justamente se sentaran junto a él.

—Yo soy Erin Bublely y él es Harry Stier.

—Encantada de conocerlos —respondió Hannah, con una sincera sonrisa que denotaba su alegre personalidad. Ella era

igual de bonita que Erin, vestía *jeans* entubados, una playera deportiva blanca y tenis; pero lo que más resaltaba, eran sus enormes y expresivos ojos verdes aceitunados.

Les contó que venía de California, Estados Unidos y que, cuando era muy pequeña, había sufrido un accidente en el cual había perdido parte de la pierna derecha y ahora usaba una prótesis a la altura de la rodilla. No obstante, con el paso del tiempo, había logrado adaptarse muy bien, tanto que ocasionalmente usaba su patineta e incluso podía correr casi sin ningún problema. Precisamente ese accidente era la razón por la cual había decidido estudiar Robótica, pues quería crear una mejor prótesis de su pierna y, además, pensaba que así también podría ayudar a las personas que estuvieran en una situación similar.

Ante la repentina confianza de Hannah para hablar sobre su accidente, Stier decidió explicarles a las dos el extraño padecimiento que hacía que tuviera un ojo color café y el otro color azul.

—Pues yo creo que te queda muy bien —comentó Hannah.

Los tres siguieron platicando amenamente de otras cosas. Sin embargo, en cierto momento, Stier se percató de una inesperada sensación que lo había invadido por completo: sintió como si a Hannah y a Erin las conociera de toda la vida y, sin saber por qué, estaba seguro que podía confiar plenamente en ellas. Al tratar de razonar dicho sentimiento, se dio cuenta que no tenía lógica ni sentido alguno. Jamás le había ocurrido algo así, pero eso era lo que le dictaba su corazón. Charlaban, reían y había una gran química entre ellos tres.

Al recordar que Kimble ya las conocía, por un segundo a Stier le dio curiosidad enterarse del futuro. «¿De qué otras cosas más estará enterado?», pensó. Aunque también recordó que le había dicho que era mejor no saberlo y, además, que también su programación le impediría revelarle algo al respecto, por lo que en ese instante atajó su curiosidad.

Al cabo de cinco minutos platicando, Stier, Hannah y Erin se volvieron los mejores amigos. Él tenía la tarea de hablarles sobre Kimble, su misión y todo lo demás, y era justo lo que se proponía

a hacer; sin embargo, cuando estaba a punto de comenzar el relato a sus nuevas amigas, se escuchó una fuerte voz que interrumpió en seco su plática.

—Buenos días, por favor tomen sus lugares —dijo un hombre muy grande, visiblemente musculoso y con un extraño acento en su voz, quien acababa de entrar al salón—. Soy el profesor Arnold Scharls y les impartiré la clase de Fundamentos de Robótica, así que, sin más preámbulos, por favor abran su libro en la página treinta y siete... Empezaremos con los diferentes tipos de articulación que puede tener un robot y la funcionalidad de cada uno de ellos.

El profesor Scharls era un hombre originario de Austria. Por su gran tamaño y fortaleza, con solo verlo imponía mucho respeto. Se trataba de un reconocido investigador y escritor de varios libros sobre robots y máquinas avanzadas, quien en otro tiempo había sido un multicampeón de fisicoculturismo. Su clase pronto se volvería la favorita de Stier, pero precisamente ese día no podía concentrarse y ni siquiera escucharlo; solo quería que la clase terminara cuanto antes para contarle todo a sus nuevas amigas, razón por la cual las dos horas siguientes se le hicieron eternas. En ese tiempo, su mente divagaba, imaginando cómo sería Alext y, tratando de decidir cuales serían los pasos para detener a Dahn.

Cuando por fin la clase terminó, Stier, Hannah y Erin salieron con premura a uno de los grandes jardines interiores. Se sentaron en una banca a la sombra de un frondoso árbol y entonces pudo contarles con lujo de detalles todo lo que le había ocurrido los días previos, tal como Kimble le indicó. Al principio, Hannah y Erin no le creían y pensaban que estaba bromeando con ellas o que lo había imaginado.

—Las máquinas del tiempo no existen, eso solo se ve en las películas —dijo Hannah entrecerrando los ojos y moviendo la cabeza con un claro gesto negativo.

—Un asistente virtual en una mochila si es posible —comentó Erin con la misma reticencia—, pero que te reconozca con solo tocarlo no puede ser. Yo nunca he visto uno.

—Vaya par de incrédulas —contestó Stier un poco molesto, aunque bien sabía que si a él le contaran esa historia tampoco la creería—. Pueden confiar en mí, jamás les diré alguna mentira... Esperen aquí, traeré a Kimble para que lo vean con sus propios ojos.

Rápidamente se dirigió a la zona de los casilleros. Al volver, traía colocado a Kimble sobre su pecho, con su mecanismo de invisibilidad activado para que nadie lo viera.

—¿Qué les parece? Es increíble, ¿no lo creen? —les preguntó en broma a sus amigas, sabiendo a la perfección que no podrían verlo, mientras que con sus manos señalaba su torso de arriba a abajo.

—Pues yo no veo nada.

—¿Es una broma?

Stier se carcajeó.

—Claro que no —respondió Stier muy divertido, sentándose en medio de las dos—. Ya les había yo dicho que por seguridad tiene un mecanismo de invisibilidad. Kimble, por favor, si eres tan amable, saluda a mis amigas.

—Hola, Hannah y Erin —exclamó con su voz grave y semi-robótica—. Es un verdadero placer conocerlas en este tiempo, mi nombre es Kimble. Stier, si me lo permites, creo que este momento sería el adecuado para desactivar mi mecanismo de protección y que tus amigas puedan verme.

El chico giró la cabeza hacia ambos lados y se percató que en ese instante no había nadie cerca, por lo que accedió encantado.

—Por supuesto, Kimble, muéstrales.

Erin y Hannah estaban muy divertidas con la voz robótica de la mochila, pero cuando al fin pudieron verla su diversión se transformó en sorpresa e inmediatamente ambas se quedaron boquiabiertas.

—¡Guauuu! ¡Qué padre está! —exclamó Erin, quién fue la primera en hablarle—. Kimble sin duda eres un artefacto asombroso, nunca había visto algo parecido, y ese cohete que tienes está muy bonito, pero creo que lo mejor es que tengas la habilidad de volverte invisible.

—Muchas gracias, es muy amable de tu parte —respondió Kimble con agrado.

—¡Es verdaderamente increíble! —dijo Hannah—. Entonces es cierto lo que nos has contado: lo de la máquina del tiempo, Alext y su lucha contra Dahn, y también lo tu misión...

—Todo es cierto —confirmó—. Al principio yo tampoco lo creía, pero todo es verdad... y ahora que lo saben, quiero pedirles a las dos que me ayuden porque sin ustedes no podré hacerlo.

—Por supuesto que te ayudaremos —dijo Hannah convencida, mientras con ternura le colocaba una mano en el hombro en señal de apoyo—. Cuenta con nosotras. ¿Qué debemos hacer?

—Lo primero que necesitamos hacer es ir al Panal para poder hablar con Alext. Ahí están los lentes que nos permitirán hacerlo.

EL Autobús

El sábado de esa misma semana, minutos antes de las diez de la mañana, Stier, Hannah y Erin, se reunieron en la parada de autobús frente a su escuela. A pesar de que ese día no tendrían clases, habían acordado verse ahí para ir juntos al Panal.

Abordaron el sofisticado autobús color blanco con matrícula número XRV-745, el cual, como todos los vehículos de transporte público de la ciudad, era manejado por un Driver-bot, un amable conductor robótico que tenía pintado sobre su cuerpo metálico un elegante traje de color negro, con camisa blanca y corbata; además, portaba una estilizada gorra retro de visera corta y broches cobrizos a cada lado. Tomaron la ruta que salía a las diez con cinco minutos de la mañana, la cual los llevaría hasta su destino en aproximadamente una hora. Por fortuna, al ser fin de semana, el autobús iba casi vacío. Así que, después de que el Driver-bot los saludó cordialmente al subir, los tres amigos se sentaron hasta el fondo y durante todo el trayecto pudieron platicar libremente sin que nadie los escuchara.

—Kimble por favor cuéntanos, ¿cómo es Alext? —preguntó Hannah con mucha curiosidad.

—Por supuesto... Alext es una de las personas más inteligentes del mundo. Su conocimiento se especializa en las áreas de tecnología, como la Robótica y el desarrollo de *apps* y programas de computadora. Todo lo que sea software o hardware lo domina con facilidad, incluyendo lo relativo a la Inteligencia Artificial. Es el creador de varios dispositivos muy avanzados entre los cuales me incluyo, dado que él me creó a mí. Esa inteligencia y habilidad, junto con su ingente carácter, ecuanimidad y fortaleza, lo convirtieron en el único verdaderamente capaz de oponerse a Dahn. Al principio, Alext no quería liderar la Legión; no obstante, tuvo que luchar para defender a su familia y sobrevivir. Al ganar algunas batallas, la gente poco a poco lo identificó como el líder que necesitaban para enfrentarse al tirano, comenzaron a seguirlo y le pidieron que encabezara la insurgencia. Él aceptó la enorme responsabilidad únicamente porque no quería que la gente

sufriera a manos de Dahn y sus Kentauros. A pesar de que fue una lucha larga y desgastante, faltaba muy poco para que la Legión resultara vencedora. Sin embargo, al ver el peligro que corría su movimiento, y en un desesperado intento por detener a Alext, Dahn le puso una trampa para aniquilarlo.

Kimble guardó silencio al recordar lo doloroso de la situación. Después de una breve pausa, con un marcado tono de tristeza continuó.

—Alext se salvó por muy poco, pero desafortunadamente Dahn eliminó a su familia... Fue el momento más terrible y amargo para él. Después de eso no pudo recuperarse y nunca volvió a ser el mismo de antes. Sintiendo culpable por la muerte de su familia, Alext abandonó la Legión. Sin su líder, la oposición fue rápidamente aplastada por el poderoso ejército de Kentauros de Dahn. Devastado por su pérdida y sin ninguna esperanza en el futuro, me envió aquí al año 2025; dieciocho años atrás para evitar de cualquier forma el surgimiento del terrible dictador mundial.

—Pero detener a Dahn en este tiempo no hará que la familia de Alext se salve —reflexionó Erin—, las líneas del tiempo no funcionan así, ¿no es cierto Kimble?

—Tienes razón... Al usar la máquina del tiempo para enviarme aquí, se creó una línea temporal diferente. El tiempo que transcurre aquí y ahora, para nosotros es el presente. Para Alext, en su dimensión temporal es su presente también y acaso su futuro, pero no su pasado. Enviarme a mí aquí no hará que cambie el pasado de Alext; y él no puede hacer nada para evitar lo que le sucedió a su familia. Lo único que desea, es ayudarlos a ustedes en este tiempo, para evitar que en esta dimensión temporal vuelva a ocurrir lo mismo que le sucedió a él, que aparezca Dahn, controle todo, destruya la civilización y muchas personas resulten lastimadas.

—Pobre de Alext —dijo Hannah con tristeza—, debe estar sufriendo mucho.

—Sí, al igual que muchas personas más —replicó Kimble—. Dahn es alguien despiadado, con una inigualable obsesión por el poder a costa de todo y de todos.

—Cuéntanos más de Dahn, por favor —pidió Stier con un nudo en la garganta al saber la terrible situación que Alext había padecido—. Necesitamos saber a qué nos enfrentamos.

—Desde luego... Dahn es igual de inteligente que Alext y también domina todo lo que tiene que ver con tecnología. Sin embargo, a diferencia de él, desde pequeño siempre tuvo una manifiesta tendencia hacia el mal, su enfoque fue oscuro y negativo. Incluso, antes de ir a una de las mejores escuelas de tecnología, ya creaba artefactos para lastimar a la gente; al principio resultaban inofensivos, sin embargo, conforme fue creciendo, se volvió más inteligente, más cruel y mucho más perverso. Cuando finalmente estuvo en edad escolar y se vio rodeado de otras personas, con su carisma fue ganando seguidores: compañeros y amigos suyos que se pensaban superiores a los demás y que se autodenominaron Kentauros. Los profesores le tenían cierta consideración por su gran capacidad intelectual y por su edad, a pesar de que algunos pocos de ellos ya notaban los indicios de su maldad. Unos años después, Dahn se volvió un hacker muy hábil, logró penetrar sofisticados sistemas de seguridad bancarios y, sin ser identificado, robó enormes cantidades de dinero. A partir de ese momento tuvo los recursos necesarios que le dieron el poder para cumplir sus objetivos. Como sucede en todas las sociedades, en la nuestra también había ideologías opuestas; Dahn aprovechó muy bien esa polarización y comenzó a tener cada vez más seguidores que también buscaban el poder sin importar los medios. Rápidamente, su grupo de Kentauros tomó un enfoque político militar que le aseguró un ejército y relaciones con las altas esferas de poder. Su influencia se fue extendiendo a lo largo del planeta, aplastando a todo aquél que se le opusiera.

—Espera, espera —interrumpió Erin que tenía un muy mal presentimiento—. ¿A qué escuela asistió Dahn?

—A Rosemary-Robotics... La misma escuela a la que asisten ustedes tres —respondió Kimble de forma sorpresiva.

—¡No puede ser! —exclamó Stier con incredulidad.

—¿Qué edad tiene Dahn en este momento? —inquirió Hannah con la agilidad mental que la caracterizaba— ¿Es posible que ya esté en la escuela?

—Sí Hannah, estoy seguro que en la actualidad Dahn es alumno de Rosemary-Robotics. Desconozco su edad exacta, pero en el futuro de donde vengo, debe tener entre veinticinco y veintiocho años aproximadamente; si le restamos los dieciocho años de mi viaje al pasado, en este momento su edad debe estar entre los siete y diez años.

—¿Eso significa que incluso podría ser nuestro compañero?

—Así es —respondió Kimble.

—Aunque no he escuchado que alguien de nuestro salón se llame Dahn —reflexionó Hannah.

—Yo tampoco —corroboró Stier después de hacer memoria.

—Ni yo —dijo Erin.

—Tal vez sea de otro grupo o grado.

—Eso no lo sabemos —intervino Kimble—. «Dahn» es un pseudónimo con el que se autonombró; lo adoptó cuando se volvió hacker para protegerse y que nadie lo descubriera. Logró borrar todo rastro anterior y precisamente por eso desconozco su nombre real y el grupo al que asistió... En este momento podría ser cualquiera que esté en el rango de edad que les acabo de decir.

Los tres guardaron silencio, estaban perplejos ante la nueva información que les había compartido Kimble. Jamás hubieran pensado que la persona más terrible del mundo podría estar tan cerca de ellos, que fuera a su misma escuela y que incluso quizás pudiera ser alguno de sus compañeros. Se quebraron la cabeza considerando quién podría ser Dahn, el dictador que destruiría el futuro del mundo; y aunque tenían ya varias teorías e ideas, en ese momento no pudieron llegar a ninguna conclusión definitiva.

El Panal

Al pasar los minutos, notaron por las amplias ventanas del autobús el cambio en el paisaje exterior. Ya no se veían las casas llenas de árboles y flores de todos colores, ni tampoco personas caminando por las calles con sus mascotas. Ahora solo se observaban amplios caminos de concreto, construcciones industriales y grandes fábricas en varios tonos de color gris, todas ellas cercadas con mallas de alambre y rejas despintadas. El tráfico vehicular se había vuelto escaso y se percibía con facilidad que la zona estaba casi abandonada. Después de un rato más de recorrido, llegaron a la última parada, el autobús se detuvo con un chirrido de sus frenos y ellos bajaron a una zona prácticamente desierta.

A pocos metros, en donde terminaba una larga reja metálica, encontraron un portón corredizo muy grande, que en la parte de hasta arriba tenía un letrero oxidado en forma de arco que decía: «El Panal - Bienvenidos - Desarrollamos tecnología de vanguardia».

En el fondo, después de un gigantesco patio de cemento, observaron varios edificios hexagonales de gran altura, tal como Kimble les había dicho unos días antes. Escucharon que la puerta del autobús se cerró detrás de ellos y, al darse vuelta, vieron cómo los brazos del Driver-bot giraban con lentitud el enorme volante, haciendo una maniobra para dar la vuelta en «U» y regresar por donde había llegado.

—Y ahora ¿qué hacemos, Kimble? —preguntó Stier, levantando la vista para admirar los prominentes edificios a través de la reja, mientras el vehículo poco a poco se alejaba.

—Ahora, de acuerdo a la ubicación que tengo registrada en el mapa y según lo que me indica mi GPS, debemos entrar y avanzar aproximadamente ciento cincuenta y ocho metros hacia el suroeste, donde se localiza el edificio de Innovación y Diseño. En el piso número nueve encontraremos los lentes que buscamos.

—Pero está todo cerrado, ¿cómo entraremos? —preguntó Erin.

—Miren, una caseta de vigilancia —indicó Stier, señalando hacia el interior—. Seguro ahí está el control para abrir la puerta.

—¡Yo abriré! —exclamó Hannah e inmediatamente comenzó a escalar la reja de tres metros de altura.

—No Hannah espera, yo lo haré —atajó Stier, preocupado por su amiga, pero ella no se detuvo. Quizás era por la falta de su pierna, pero siempre que había alguna oportunidad, a Hannah le encantaba probarse físicamente a sí misma y saber en dónde estaban sus límites. Ese rasgo de su personalidad sería algo que Stier siempre admiraría. La veía como alguien que, con alegría y muy buena actitud, luchaba y superaba cada día las duras pruebas que la vida le ponía enfrente.

Gracias a su habilidad física, Hannah escaló la reja sin mucha dificultad. Al descender por el otro lado, miró a Erin y a Harry con una amplia sonrisa llena de orgullo por haberlo conseguido.

Con velocidad, entró a la caseta y apretó un gran botón rojo de un tablero de mando para abrir la puerta, pero esta no se movió, dado que no tenía electricidad. Después de examinar durante algunos instantes la pequeña habitación, localizó el interruptor eléctrico general colocado en un extremo de la pared. «Ajá, por eso no abre». Se dijo al verlo en la posición de apagado. Dio un par de pasos hacia el gabinete del cortacorriente color gris con rojo, tomó la empolvada palanca y, empujándola con dificultad hacia arriba, lo encendió. Con un fuerte zumbido del balastro, automáticamente se iluminó la lámpara de neón del techo, parpadeando un par de veces. «¡Listo! Ahora sí debe funcionar». Acto seguido, volvió a presionar el botón rojo y esta vez, con un sonoro chasquido seguido de unos molestos rechinidos, la puerta comenzó a deslizarse con lentitud hacia un lado, permitiendo que sus dos amigos pudieran entrar. Sin embargo, ninguno de ellos se percató que al conectar la energía eléctrica se había encendido también una pequeña luz roja de una cámara de seguridad colocada en una de las esquinas exteriores de la caseta.

Cerraron otra vez la reja y avanzaron por donde Kimble les había indicado. Atravesaron la amplia explanada y, después de dejar atrás algunas construcciones, llegaron al edificio que

buscaban. Subieron los escalones exteriores y empujaron una puerta de cristal para entrar al vestíbulo de la planta baja. Se podía ver que en otros tiempos se trató de un gran parque tecnológico. Seguramente muchas innovaciones y artilugios habían salido de ahí, dado que por todas partes encontraban computadoras, máquinas, planos y maquetas de diferentes productos y artefactos, aunque ahora estaba abandonado y lleno de polvo.

—¿Qué le sucedió a este lugar? —preguntó Hannah.

—Mis registros indican que este sitio fue muy sobresaliente y vanguardista en investigación y desarrollo tecnológico —contestó Kimble—. Aquí había diversos laboratorios de ciencia y técnicas experimentales. De hecho, sé que aquí fueron los inicios de las investigaciones sobre Inteligencia Artificial, aunque nunca se demostró que hubieran podido crear una realmente funcional. En algún punto, hubo un accidente en el que perdieron el control de una máquina creada con fines militares y algunas personas resultaron lesionadas, mientras que otras más fallecieron. Como consecuencia, las autoridades clausuraron las instalaciones y los inversionistas dejaron de aportar recursos económicos para las investigaciones. Sin dinero y sin autorización gubernamental para operar, los propietarios e investigadores abandonaron el lugar, y así ha permanecido desde hace varios años.

Se acercaron a la puerta del elevador y presionaron el botón para subir, pero después de esperar unos minutos en los que nada ocurría, concluyeron que estaba descompuesto. Así que, optaron por tomar las escaleras para llegar al noveno piso, en donde encontrarían los lentes para hablar con Alext. Subieron los escalones despacio y en silencio; a pesar de que no había rastros de ninguna persona y tampoco habían visto nada raro hasta el momento, se sentían muy inquietos, como si alguien los estuviera observando.

Cuando llegaron al sexto piso, se detuvieron unos segundos para recobrar el aliento que les empezaba a resultar escaso por el esfuerzo realizado. Erin y Hannah se recargaron sobre una pared y Stier se quitó a Kimble de la espalda para estirarse y descansar.

En eso, algo captó su atención, pues vio que al fondo, atrás de algunos escritorios y mesas que había ahí, estaba pintada sobre la pared, una frase que decía «La Legión empieza aquí», así como una flecha apuntando hacia abajo, a un póster color negro que no alcanzaba a ver bien.

—Esperen aquí —les dijo Stier, y avanzó él solo con mucha curiosidad hacia esa pared. Con cada paso, veía más claramente que el póster negro se trataba de la impresión de una especie de escudo de armas moderno. En el centro tenía el dibujo del rostro de un hombre con barba y lentes oscuros, soportado a cada lado por un león con guirnaldas y plumas y, en la base, una cinta que decía «Legión». Lo despegó con cuidado para no romperlo y regresó con sus amigas para mostrárselos.

—Miren... esto estaba en la pared.

—¿Sabes qué es? —preguntó Hannah.

—No, no lo sé, pero esa frase lo señalaba.

—Vaya —dijo Kimble—, pero si... ¿es el escudo de la Legión!.

—¿El escudo de la Legión? —repitió Erin extrañada.

—Sí —replicó la mochila—, es el rostro de Alext como símbolo de justicia y oposición al régimen totalitario que se estaba instaurando. Es la imagen que sirvió para que las personas lo identificaran y se unieran a la lucha, dándole autenticidad y reconocimiento.

—Vaya... pero ¿cómo llegó aquí? —preguntó Stier desconcertado—. Si la Legión aún no existe... y tampoco existe Dahn, ¿no es cierto?

Kimble no tenía una respuesta. Efectivamente ninguno de ellos existía todavía y, además, estaba seguro que dicha imagen no venía del futuro porque sólo había una máquina del tiempo, la que Alext construyó para enviarlo, pero esta había explotado. Nada tenía sentido.

Decidieron que lo mejor era continuar con la búsqueda de los lentes y hablar con Alext cuanto antes. Quizás él sabría qué estaba pasando y tal vez podría explicarles porqué el escudo de la Legión se encontraba ahí.

Callados y ensimismados, retomaron su trayecto hacia arriba, pero al momento de llegar al descanso de las escaleras del octavo piso, escucharon unos ruidos estruendosos que los hicieron detenerse para ver de qué se trataba. De pronto, vieron que del fondo empezaron a salir volando por todas partes papeles, cajas y otras cosas que había ahí, mientras algo enorme que proyectaba un haz de luz de color rojo se levantaba con un ruido estrepitoso.

—¡Cuidado! Es un robot y parece que viene a atacarnos — gritó Kimble, alertándolos. Aunque por el polvo y la basura que flotaban en el aire, los demás no podían ver qué sucedía—. Debemos subir al siguiente nivel. ¡Rápido!

Súbitamente, el pavor los invadió y, sin pensarlo dos veces, los tres corrieron escaleras arriba. No obstante, justo a la mitad de los escalones para llegar al siguiente piso, Hannah, quien iba al último, tropezó y terminó en el suelo. Su prótesis se había aflojado y caído, dejándola con una sola pierna, incapaz de subir el tramo restante de las escaleras.

—¡Ay no! —exclamó con un gesto de dolor por la caída—. Ahora no... ¡Es el peor momento! —Entonces, estiró su brazo hacia un costado para recoger su prótesis, a sabiendas que ahí no podría ponérsela, ya que el temible robot se acercaba a toda velocidad con aquella luz roja.

—¡Te ayudaremos! —exclamó Erin, en tanto ella y su amigo regresaban bajando un par de escalones para asistirle.

Se colocaron a los costados de Hannah, tomaron sus brazos y los pusieron sobre sus hombros para ayudarla a subir. Dando traspies, llegaron al piso número nueve, era el último nivel del edificio. Así que ya no podrían huir más arriba y, por ahora, bajar tampoco era una opción, puesto que se topaban de frente con aquello que los perseguía. Pero como al robot le costaba trabajo subir las escaleras, ganaron algunos segundos valiosos para esconderse al fondo, agachados atrás de unos escritorios viejos. Hannah aprovechó aquellos momentos para intentar colocarse su prótesis.

—Kimble rápido, ¿qué hacemos? —preguntó Stier con franca desesperación.

—Mis sensores detectan la presencia de una inteligencia artificial que controla al robot, aunque es muy primitiva y por eso sube lentamente las escaleras. Tal vez sea la máquina que se salió de control hace algunos años y por la cual cerraron este lugar. De ser así, a pesar de que se trate de un artefacto antiguo, será muy peligroso y, a diferencia de las escaleras que las sube con lentitud, aquí arriba puede ser una máquina mucho más veloz y letal. La luz roja que emite es un escáner que detecta personas; debemos tener cuidado para que no los perciba porque, de lo contrario, estaremos en problemas.

—¿Y cómo lo detenemos? —cuestionó Hannah, con urgencia y temor en su voz.

—Podemos hacerlo con un dispositivo de desactivación electromagnética... Rápido, Stier, busca dentro de mí un pequeño objeto cuadrado. Es una placa electrónica de circuitos integrados con cuatro imanes circulares de neodimio.

Sin levantarse, Stier se quitó la mochila, abrió el cierre de la mochila y al instante vio el pequeño objeto adherido en el interior.

—¡Lo tengo! —exclamó mientras lo sostenía en el aire y lo examinaba con precaución—. Ahora ¿qué hacemos?

—Debes colocarlo sobre el robot. Los imanes de la placa harán que se adhiera a su estructura metálica sin ningún problema. Una vez ahí, enviaré la señal que desactivará e inhabilitará todos sus sistemas, pero es preciso que esté pegado justo en donde está su centro de procesamiento de datos, de lo contrario no funcionará. Lo más probable es que se encuentre en donde está su cabeza... Stier —dijo Kimble con un repentino tono dramático que denotaba seriedad y preocupación—, deben tener mucho cuidado. Puede ser un robot extremadamente peligroso.

—Lo sé...

—Ahora ponme en tu espalda, yo iré contigo.

Erin y Stier corrieron de regreso a las escaleras por donde habían llegado, ubicándose a cada lado para flanquear al robot, en lo que Hannah permanecía escondida bajo el escritorio del fondo. El ruido de la máquina subiendo los escalones era cada

vez más atronador; era obvio que no tardaría en aparecer frente a ellos. Stier nerviosamente sostenía el dispositivo en su mano derecha, pero se encontraba preparado y listo para pegárselo al robot y que Kimble lo inutilizara. Comenzó a ver el haz de luz roja que escaneaba todo el piso número nueve: finalmente había llegado. Al observarlo, Stier quedó estupefacto. El robot medía un poco más de dos metros de altura y tenía un aspecto muy extraño, pues parecía un gran cangrejo rojo con ocho patas y dos enormes y poderosas tenazas metálicas.

En voz baja, Kimble le indicó que el procesador del robot estaba justo donde una pequeña antena plateada sobresalía de la parte más alta del cangrejo, en medio de lo que parecían un par de luminosos ojos robóticos de color amarillo. Ahí tendría que colocar el dispositivo.

—¡Chispas! ¿Cómo voy a subir encima de esa cosa? —preguntó Stier, aún agazapado, viendo pasar al inmenso robot frente a él. Con ese tamaño, ni él ni Erin podrían alcanzar su cabeza para detenerlo.

—¡Es gigantesco! —susurró Erin, gesticulando por la sorpresa y reuniéndose con su amigo sin que la máquina detectara su presencia todavía—. ¡Será imposible detenerlo!

Con el tremendo sonido de sus poderosas patas metálicas retumbando una tras otra: *PUM, PUM, PUM*, el descomunal cangrejo avanzaba. Sus saltones ojos amarillos giraban en todas direcciones, escaneando incisivamente el lugar; mientras que con sus robustas pinzas, empujaba y movía los muebles y demás cosas a su paso. De seguir así, no tardaría en encontrar a Hannah.

—¡Mira, ahí hay unas cajas! —señaló Stier—. Con ellas me puedo subir a esos archiveros y desde ahí saltar encima del robot... Erin, necesito que lo distraigas, para que pueda subirme sin que me detecte, y después debes llevarlo hacia mí para que pueda brincar encima de él.

—¿¿¿Es una broma??? —exclamó ella, temblorosa y preocupada, aunque sabía que no había otra opción: tenía que ser valiente y aceptar volverse la carnada del robot—. Está bien, yo lo distraigo.

Cerró los ojos por un instante, dando un profundo suspiro para reunir valor. Enseguida, su semblante cambió, abriendo sus ojos azules totalmente decidida. Vio en el suelo el auricular de un antiguo teléfono fijo de disco con su cable de resorte. Ágilmente lo levantó y, dando un grito, se lo lanzó al robot.

—¡Oye tú, crustáceo! Aquí estoy, ven por mí.

A continuación, el enorme robot metálico en forma de cangrejo, volteó y la detectó. A gran velocidad y con el impresionante ruido de sus patas, giró sobre sí mismo y avanzó, abriendo y cerrando sus dos grandes tenazas rojas para atraparla. Erin empezó a correr por todo el lugar, esquivando escritorios, sillas y otros muebles para evitar que la pescara, mientras que Stier corría hacia donde estaban las cajas, las cuales tomó y colocó al lado de los archiveros. Subió a ellos como estaba planeado, y le hizo una seña a su amiga para que pasara por donde él se encontraba. Blanca de miedo por la persecución, pero con gran valor, Erin se dirigió hacia donde estaba su amigo, llevando tras de sí al violento y amenazante robot. Justo cuando el cangrejo pasaba a su lado, Stier saltó desde los archiveros y cayó bruscamente encima de él. Apenas y logró sujetarse después de rodar un poco, pero al hacerlo, se le cayó de las manos la placa del dispositivo de desactivación electromagnética que fue a dar hasta el suelo.

—¡Rayos, se me cayó! —exclamó, tambaleándose sobre la cabeza del robot.

—¡Yo te lo lanzo! —gritó Hannah desde su escondite al ver lo sucedido.

Con presteza, corrió para tratar de levantar el dispositivo y aventárselo a su amigo. Sin embargo, al intentarlo, el robot la había visto y ahora, en vez de perseguir a Erin, se dirigía hacia ella. Al darse cuenta de la situación, no tuvo otra alternativa más que dejarlo ahí tirado y correr al lado opuesto para escapar. Para su mala fortuna, al pasar nuevamente por el lugar donde estaba tirado el dispositivo de Kimble, una de las patas del cangrejo lo aplastó con fuerza, destruyéndolo por completo. Estaban perdidos: con la placa para inhibirlo hecha añicos, no podrían contenerlo. En ese momento, Stier, que se había dado cuenta de

todo, vio la oportunidad de bajarse y brincó sobre uno de los escritorios que estaban al lado; al fin que ahí arriba del robot no había nada que pudiera hacer para desactivarlo. Ya estando en el suelo, se reunió con Erin.

—Tenemos que escapar al piso de abajo —gritó él, pensando que al robot le sería difícil bajar los escalones y eso quizás los salvaría—. ¡Es nuestra única opción!

Con el robot persiguiéndola incesantemente, Hannah fue hacia donde estaban sus amigos para huir con ellos hacia el piso inferior. Estaban a un metro de llegar a las escaleras para comenzar el descenso, cuando repentinamente y en dirección contraria, un hombre pasó corriendo en medio de ellos con toda determinación. Vestía una bata blanca desabotonada, que volaba tras de sí como si fuera una capa, y en su mano izquierda cargaba una especie de batería de automóvil con algunos cables conectados a ella. De forma increíble y con gran agilidad, se lanzó directamente hacia el robot, esquivó sus terribles tenazas deslizándose en el suelo por debajo de él. Entonces, con increíble destreza, puso los cables de la batería sobre la panza del cangrejo, provocándole al instante un corto circuito que sacó una gran cantidad de chispas, apagó sus sistemas y dejó al robot inmóvil con las tenazas abiertas.

El Hombre de la Bata Blanca

Estaban asombrados con la determinación y autoridad que demostró el hombre de la bata blanca, quien no dudó ni un segundo en hacer esa peligrosa maniobra, arriesgando su vida para desactivar al robot y salvarlos. Era un hombre alto y delgado, pero también se notaba fuerte, bastante ágil y atlético. Tenía cabello castaño ondulado, tez blanca y unos cuarenta y dos años de edad.

—Gracias por salvarnos —dijo Hannah aliviada.

—No es nada —respondió secamente el extraño, mientras se sacudía el polvo de su ropa.

—¿Quién eres? —preguntó Stier.

—Mi nombre es Samuel Laoch. Soy ingeniero y desarrollador, y fui el director de este lugar antes de que fuera abandonado, por eso lo conozco a la perfección.

—Y ¿cómo supiste que estábamos en peligro? —preguntó Erin intrigada. Había creído que no había nadie ahí.

—Cuando conectaron la energía eléctrica de la puerta de entrada, activaron también todos los sistemas de seguridad del Panel, incluyendo las cámaras de vigilancia. Una vez que los detectaron, me fue enviada una alerta automática al celular y vi que habían entrado. Supe enseguida que necesitarían mi ayuda, así que vine lo más rápido que pude. Tienen suerte de que estuviera cerca.

—¡Gracias! Nos enteramos que hace algunos años, una máquina se salió de control en este lugar y, por eso fue abandonado; pero jamás pensamos encontrarnos con algo tan temible como eso —dijo Erin señalando con su mano todavía temblorosa al gran cangrejo rojo, que por ahora estaba completamente inmóvil y en silencio.

—No pequeña, te equivocas... Ese cangrejo es solo un viejo robot guardián que fue desactivado y abandonado, como todo lo demás en este lugar. Una vez que ustedes ingresaron al perímetro sin autorización, se reactivó y su principal directriz es defender las instalaciones de cualquier intruso, por eso los atacó. Sin embargo, ese robot no fue la causa por la cual se cerró este lugar; eso fue

algo mucho más terrible y peligroso. Pero es información clasificada, así que no puedo decirles nada más... Ahora, es tiempo de que ustedes me digan: ¿quienes son y qué hacen aquí?

—Claro... Ellas son Hannah Miller y Erin Bublely, yo me llamo Harry Stier. Estamos aquí porque necesitamos encontrar un dispositivo, es algo importante... —Stier todavía no confiaba en Samuel. Les había salvado la vida, pero no estaba seguro de cuales eran sus intenciones, ni si debía contarle más acerca de los lentes que buscaban o sobre Kimble y Alext. En ese momento, se le ocurrió preguntarle por el escudo de armas que había encontrado unos pisos más abajo, por lo que desdobló el papel que tenía guardado en la bolsa de su pantalón y se lo mostró—. ¿Sabes qué es esto?

—Sí, lo sé —respondió Samuel con un tono un poco cortante porque él a su vez, tampoco confiaba en Stier ni en sus dos amigas—. Yo lo imprimí un par de días atrás, estaba pegado en uno de los pisos de abajo.

Hubo un silencio incómodo en el que nadie decía nada más, pero todos se miraban entre sí. Entonces, Kimble le dijo en voz baja a Stier algo que solo él pudo escuchar:

—Debes confiar en él.

«¿Estás seguro?». Pensó Stier.

—Sí —respondió Kimble—. Debes contarle todo.

«Muy bien, si tú lo dices».

Con lujo de detalles, Stier le contó a Samuel lo que le había sucedido en los últimos días. Le explicó como había encontrado a Kimble y cuál era su misión, así como la búsqueda de los lentes para contactar a Alext y seguir sus indicaciones a fin de detener a Dahn. Le dijo también las grandes calamidades que le sucederían a la gente en caso de que fracasaran. Samuel escuchó con avidez toda la explicación, pero extrañamente no parecía sorprendido; por eso, Stier comenzó a dudar que le creyera lo que le estaba contando y decidió mostrarle a Kimble como una prueba irrefutable de que lo que le decía. La mochila desactivó su mecanismo de invisibilidad y platicó por algunos instantes con él, confirmando lo que Stier ya le había dicho. Al terminar el relato,

Samuel se quedó callado un par de minutos y luego dijo algo que los dejó desconcertados.

—He visto a Alext. Por eso ya estaba enterado de algunas partes de lo que me han contado.

—¿¿¿Qué??? ¿Has hablado con Alext? Pero ¿cómo? ¿Qué te ha dicho? —preguntó Hannah, sucesivamente y con urgencia.

Ahora sí confiando en ellos, Samuel les contó que, hacía un par de días, mientras realizaba una revisión de rutina en las instalaciones del piso nueve en el edificio de Innovación y Diseño, encontró de casualidad unos lentes peculiares que nunca antes había visto y no sabía a quien pertenecían. Eran una especie de lentes de realidad virtual con un extraño cable que seguramente era para conectarlo a algún dispositivo, pero no supo cuál. Al ponérselos se activaron y pudo ver un video que había grabado un hombre llamado Alext, quien explicaba que el futuro estaba en peligro debido a una persona que se hacía llamar Dahn, y que para combatirlo, se debía crear un grupo insurgente denominado la Legión. Al principio no lo había creído, pero después de ver el video un par de veces más se dio cuenta que era real; además, no sabía bien por qué, pero escuchar la voz de Alext lo había inspirado a confiar en él.

Agregó que, en realidad, él nunca había hablado o interactuado con Alext, solamente había visto el video. Les comentó también que en los lentes se encontraban otras opciones y tal vez más información, pero estaban bloqueados mediante un cifrado especial que no le permitía verlo. De cualquier forma, lo poco que vio fue suficiente para él, decidió reproducir el símbolo de la Legión porque estaba seguro que algún día, alguien llegaría buscando los lentes; pero nunca imaginó que sucedería tan pronto, ni mucho menos que fueran unos chicos los que se presentarían ahí para recuperarlos.

Siguieron platicando durante un largo tiempo, pero a partir de ese momento, Samuel se volvió un gran amigo y un fiel aliado de ellos tres.

El Búnker

—¿Dónde están los lentes? —le preguntó Stier a Samuel al final de su charla.

—Por seguridad, los tengo guardados en el Búnker subterráneo, por allá —contestó, señalando a través de una de las sucias y descuidadas ventanas por las que apenas y se podía ver algo—. Vamos por ellos.

—Y ¿qué pasará con el cangrejo gigante? —preguntó Erin.

—No te preocupes, no sufrió graves daños; pero la única forma de detenerlo rápidamente y evitar que los lastimara, era provocándole un corto circuito en su fuente de energía. Después lo repararé y lo reprogramaré para que, además de que siga cuidando este lugar, los reconozca a ustedes tres. Una vez que vuelva a estar activo, podrán darle instrucciones en caso de que sea necesario y, para seguridad de todos, también haré que Kimble pueda comunicarse con él vía remota. Si las cosas se van a poner catastróficas, como parece indicar, lo mejor que podemos hacer es prepararnos lo más posible.

—Si es así, tal vez deberíamos ponerle un nombre —sugirió Hannah en broma.

—Es una excelente idea —se carcajeó Erin—. Y ya tengo el nombre perfecto: como es un gran armatoste rojo, ¿qué les parece si lo llamamos Red-It?

—¡Es genial!... Un día deberíamos llevar a Red-It de paseo a la escuela, todos se llevarían un gran susto —propuso Stier, imaginando durante un momento la cara de sorpresa de sus compañeros al ver el enorme y temible robot avanzando tan campante por los jardines de Rosemary-Robotics.

—Mejor aún, deberíamos inscribirlo en el Campeonato de Destrucción Mecatrónica. ¡Seguro sería el ganador!

Entre risas bajaron juntos las escaleras. Al llegar al sexto piso, Stier se detuvo un instante y volteó a su lado izquierdo para ver el letrero en aerosol pintado sobre la pared que decía: «La Legión empieza aquí». Una vez más, sacó de la bolsa de su pantalón el escudo de armas con la imagen de Alext. Comenzaba a sentirse identificado con el movimiento que apenas iniciaba. Mientras

seguía bajando, solo pensaba que Samuel tenía razón: «La Legión empieza aquí»... «y empieza con nosotros». Añadió observando a sus amigos como futuros compañeros de lucha en las batallas venideras.

Salieron del edificio y atravesaron el extenso patio central, llegando a una pequeña e insignificante construcción rectangular. Su exterior no daba ninguna pista, ni haría pensar a nadie que se tratara del acceso a un lugar con artefactos increíbles. Parecía solo un viejo trastero que chocaba notablemente con los demás edificios, excepto tal vez por la enorme y robusta puerta metálica escondida en la parte de atrás.

Estando ahí, Samuel ingresó la contraseña número 37218820 en el sofisticado panel de acceso electrónico y colocó su dedo pulgar sobre un lector de huellas digitales. De inmediato, con un fuerte ruido, se percataron que por dentro se habían activado los mecanismos de grandes candados electrónicos y sólidos pasadores metálicos, que se movieron de un lado a otro para después de algunos segundos, liberar el acceso. Samuel empujó con facilidad la pesada puerta rectangular que giró sobre un eje central, permitiéndoles entrar por uno de los costados. Su grosor era de casi un metro y medio de ancho y parecía como si fuera la entrada a una gran bóveda bancaria. Pero lo único que había adentro era un moderno elevador que descendía al nivel subterráneo.

—¿Qué es este lugar? —preguntó Hannah intrigada.

—Es un viejo refugio nuclear construido en los años ochenta. Está erigido con paredes muy gruesas de hormigón reforzado y es impenetrable. El elevador conduce hacia abajo, a los tres grandes niveles inferiores. Este búnker ya estaba aquí cuando se construyó el Panal; pensamos que podría servirnos como almacén de seguridad para proyectos especiales y por eso lo conservamos como parte del desarrollo. En el primer nivel se encuentra la zona de telecomunicaciones, con un centro de cómputo, líneas telefónicas, un estudio de grabación y transmisión de video, además de guardar información como diagramas, documentos y planos. En el segundo nivel están guardados los proyectos especiales que requieren un grado de seguridad estándar.

Finalmente, en el tercer nivel se encuentra todo lo que es información y artefactos catalogados como «*top secret*»: nadie que no tenga autorización del máximo nivel puede tener acceso a ellos. Por su propia seguridad, ustedes nunca deben bajar a ese último nivel. Es esencial que lo entiendan: nunca vayan ahí, es extremadamente peligroso.

Samuel pulsó el botón respectivo del elevador que los llevó hasta el segundo nivel. Al llegar y abrirse la puerta, vieron una amplia habitación muy parecida a un gigantesco almacén. Estaba llena de anaqueles y armarios de distintos tamaños con puertas reforzadas que protegían los proyectos guardados en su interior. Cada uno de ellos tenía colocado en la puerta un pequeño letrero digital del nombre con el que se le identificaba.

Siguiendo a Samuel, avanzaron hacia el fondo, hasta que llegaron a uno de los últimos armarios con la palabra «Visión» brillando sobre la puerta.

—Visión es un nombre muy adecuado para unos lentes que permiten hablar con alguien del futuro —dijo Hannah divertida, aunque con tono reflexivo.

Samuel le sonrió y, con una llave maestra que tenía colgada en el cuello, quitó el seguro, abrió las puertas y se hizo a un lado para que los demás pudieran ver el interior. Ahí estaban los extraños lentes para hablar con Alext: eran del mismo color que Kimble, negro con gris metálico y blanco, y tenían el extraño cable que les había dicho Samuel. Stier ya sabía que ese cable era la conexión especial para unirlo con la mochila en uno de los huecos exteriores que tenía.

—Por favor, conéctame los lentes para que se sincronicen con mis sistemas —le dijo Kimble—. Después deberás ponértelos para que confirmen tu identidad; al hacerlo, toda la información que poseen será desbloqueada y también podremos hablar con Alext.

Stier tomó con sumo cuidado los lentes, puesto que no quería tirarlos, y junto con sus amigos fue a sentarse en un amplio sillón, donde se quitó a Kimble de la espalda y, con un sonoro clic, le enchufó el cable. Las manos le temblaban un poco, pensando que muy pronto podría hablar con Alext, el extraño hombre del

futuro. Siguiendo las indicaciones, se colocó los lentes en la cabeza y, de forma automática, comenzó a reproducirse el mismo video que había visto Samuel.

Stier todavía no había hablado con Alext, pero Samuel tenía razón: su apariencia generaba confianza y con solo verlo cualquiera sabría que decía la verdad. Ni bien terminó la reproducción del video, los lentes empezaron a sincronizarse con Kimble, cuya brillante luz de color azul se encendió, recorriendo el cable hasta los lentes y de regreso. Stier se dio cuenta también que lo habían identificado, pues ahora el contenido ya estaba disponible.

—¡Listo, hemos terminado! —anunció Kimble—. Ahora ya podemos hablar con Alext. ¿Deseas comunicarte con él?

—¡Sí! —respondió Stier con decisión— Nos urgen respuestas.

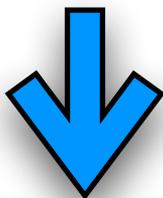
—Muy bien... Si lo prefieres, puedo proyectar la llamada de forma holográfica, para que todos puedan ver a Alext y él también pueda verlos a todos.

—¡Eso sería genial! —dijo Stier emocionado, quitándose los lentes y poniéndolos junto con Kimble sobre la mesa metálica que se encontraba ahí.

Esperaron unos instantes, y entonces la imagen de Alext apareció proyectada en tercera dimensión y a todo color, unos centímetros por encima de Kimble. Se le veía cansado y un poco más viejo que en el video que acababa de ver, pero en definitiva, era él.

***¿Te está gustando
este libro?***

***Adquiere la versión
completa:***

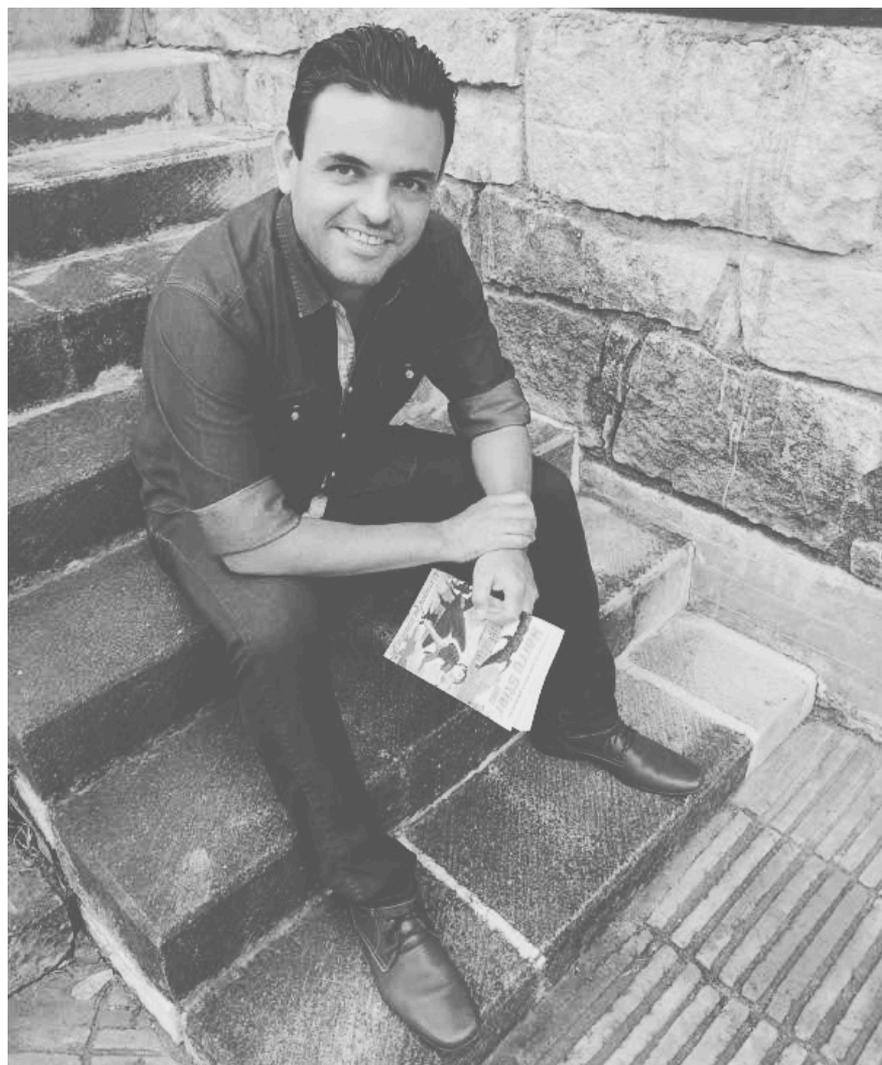


Amazon

***Mercado
Libre***



Harry®
Stier



¡Hola! Me llamo **Enrique** y, después de varias vueltas de la vida, descubrí que mi misión es: **¡Hacer que los niños vuelvan a leer!**

Con mucho orgullo, pienso que es la tarea más **importante, noble y gratificante** que pueda existir.

Como padre de familia, al escribir **Harry Stier**, me aseguré de resaltar los **valores de la amistad, la fortaleza y la resiliencia** por medio de un libro muy **divertido y emocionante**, pues mis pequeños hijos serían los primeros en leerlo y darles **una buena enseñanza siempre ha sido una prioridad**.

Así que puedes sentirte tranquilo: **¡Este es un buen libro para cualquier edad!**

También, mi experiencia como **padre y escritor** me ha enseñado algo muy simple pero cierto: **¡Todos los niños pueden ser ávidos lectores!**

Para lograrlo, es indispensable darles un libro que cuente una **historia fascinante...** **¡Qué los atrape de inicio a fin!** Es por eso que decidí escribir una saga de libros para niños y jóvenes que es tan pegajosa y adictiva que, **una vez que inicien su lectura, no querrán parar.**

En tu manos tienes la magnífica historia de **Harry Stier**, un chico de 7 años muy inteligente que deberá enfrentar **grandes retos**, en un sorprendente **mundo lleno de tecnología**, pero sobre todo, **¡al lado de grandes amigos!**

¡Qué lo disfruten!

P.D. Si deseas saber más de mí, visita: **<https://harrystier.com>**





Hola, soy yo, Alex!

Necesito tu ayuda...

***La Legión Kiintos
debe crecer para que
podamos vencer a Dahn
y salvar al mundo!***

***Por favor,
comparte mi historia
con tus mejores amigos,
e invítalos para que
se unan a nosotros!***

¡Invitaciones para tus amigos!

Rellena los datos, recorta y entrega.

De: _____

Para: _____

*Este libro me ha gustado tanto,
que necesito que tú lo leas.*

*Únete conmigo en esta fantástica
aventura, para que junto con Harry,
Hannah y Erin... ¡Salvemos al mundo!*

**Harry[®]
Stier**



De: _____

Para: _____

*Este libro me ha gustado tanto,
que necesito que tú lo leas.*

*Únete conmigo en esta fantástica
aventura, para que junto con Harry,
Hannah y Erin... ¡Salvemos al mundo!*

**Harry[®]
Stier**



De: _____

Para: _____

*Este libro me ha gustado tanto,
que necesito que tú lo leas.*

*Únete conmigo en esta fantástica
aventura, para que junto con Harry,
Hannah y Erin... ¡Salvemos al mundo!*

**Harry[®]
Stier**

